

CIUDAD CONQUISTADA

VICTOR SERGE

CIUDAD CONQUISTADA

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Ville conquise*,
publicado por Les Éditions Rieder en 1932

© Santiago Vidal Kibalchich, 2017
© de la traducción, Luis González Castro
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: soldados bolcheviques en Petrogrado
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: marzo de 2017

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-9-7
Depósito legal: C-31-2017

Dedico este libro a mis camaradas de Francia y España, porque es preciso que intentemos rescatar de la leyenda y del olvido el verdadero rostro de la revolución, es preciso depurar nuestra fuerza, responder con mayor libertad a la más elevada necesidad, no pedirle que justifique nuestras faltas, lograr mejor lo que queda por hacer, y que el Hombre renazca algún día en todo hombre.

Las largas noches, con desgana, se apartaban de la ciudad por unas horas. Una luz gris de alba o de crepúsculo, filtrada por el techo de nubes de un blanco sucio, se vertía entonces sobre las cosas como el empobrecido reflejo de algún lejano glaciar. Incluso la nieve, que seguía cayendo, carecía de luz. Esta sepultura blanca, ligera y silenciosa, se extendía hasta el infinito en el espacio y en el tiempo. Hacia las tres ya había que encender las lámparas. El anochecer oscurecía la nieve con tonos de ceniza, con azules opacos, con los tenaces grises de las viejas piedras. Y la noche se imponía, inexorable y calmante: irreal. El delta recobraba en esas tinieblas su configuración geográfica. Negros acantilados de piedra, quebrados en ángulos rectos, bordeaban los canales congelados. Una especie de sombría fosforescencia emanaba del ancho río de hielo.

A veces, los vientos del norte, llegados de Spitsbergen y de más allá, tal vez de Groenlandia, quizás del Polo a través del océano Ártico, Noruega y el mar Blanco, empujaban sus ráfagas sobre el triste estuario del Nevá. El frío mordía de repente el granito, las pesadas brumas venidas del sur por el Báltico se esfumaban y las piedras, la tierra y los árboles descarnados se cubrían instantáneamente de cristales de es-

carcha, cada uno de los cuales era una maravilla apenas visible, hecha de números, de líneas de fuerza y de blancura. La noche, despojándose de sus velos de irrealidad, cambiaba de rostro. La estrella polar aparecía, las constelaciones abrían la inmensidad del mundo. A la mañana siguiente, los jinetes de bronce sobre los pedestales de piedra, cubiertos de un polvo de plata, parecían salir de una extraña fiesta; en la catedral de San Isaac, todo estaba helado: las altas columnas de granito, el frontón poblado de santos, hasta la cúpula de oro macizo. Las fachadas y los pilares de granito rojo tomaban, bajo aquel revestimiento magnífico, tintes de ceniza rosa y blanca. Los jardines, con las filigranas puras de sus ramajes, parecían encantados. Esa fantasmagoría deleitaba la vista de las gentes que salían de sus asfixiantes casas del mismo modo que, hace milenios, los hombres vestidos con pieles salían temerosamente en invierno de las cálidas cavernas llenas de un buen hedor animal.

Ni una luz en barrios enteros. Tinieblas prehistóricas.

Las gentes dormían en moradas glaciales donde cada rincón habitable era como una esquina de madriguera; el hedor ancestral penetraba en sus pellizas, que no se quitaban nunca, o que se ponían para ir a la habitación contigua a coger un libro o arrancar algunas tablas del entarimado con las que alimentar el fuego, o bien para vaciar en un rincón del fondo del pasillo la basura de la noche sobre los montones de excrementos helados, recubiertos también por la adorable escarcha, cuyos cristales eran una maravilla de pureza. El frío entraba libremente por las ventanas rotas.

La ciudad, cortada por avenidas rectas y canales sinuosos, rodeada de islas, de cementerios, de grandes estaciones muertas, se extendía al fondo de un golfo estrecho, en los confines de una soledad blanca.

(Pero las noches reinaban, irreales o estrelladas, implacables y calmantes; y en esas noches, algunos esquiadores, armados de grandes pistolas Mauser, provistos de cincuenta preciosas balas puntiagudas, una cantimplora de aguardiente, dos kilos de pan negro, veinte terrones de azúcar, un pasaporte danés bien falsificado y cien dólares cosidos en el dobladillo del pantalón, penetraban resueltamente a grandes zancadas en ese desierto donde nada era peor que el encuentro con el hombre. Y también algunas mujeres, que llevaban de la mano a sus niños, algunos ancianos y algunos cobardes, todos ellos encorvados bajo el gran viento del terror, un viento más mortal incluso que los vientos del Polo, entraban en ese desierto de hielo guiados por el odio y el miedo, conducidos por traidores y espías, escondiendo a veces sus diamantes, como esconden los presidiarios su dinero, hasta en los pliegues secretos o infames de la carne.)

El Nevá, visto desde lo alto, desde el avión con estrellas rojas que lo sobrevolaba por la mañana, parecía una delgada serpiente blanca que, abriendo su boca, lanzaba dos lenguas azules hacia el desierto.

Los suburbios medio vacíos tenían hambre. No había ya humo en las chimeneas de las fábricas; cuando alguna se ponía por casualidad a humear, las mujeres, envueltas en harapos, agolpadas a la puerta de una tienda comunitaria, contemplaban con taciturna curiosidad cómo se elevaba ese humo extraño.

—Están reparando cañones. Y reciben raciones extraordinarias...

—¿Cuánto?

—¿Cuánto? Cuatrocientos gramos de pan al día; sí, pero no es para nosotros, no hay más que para ellos. Ya sabemos quiénes trabajan en esa fábrica, esos cabrones...

Banderas rojas ennegrecidas colgaban en las puertas de viejos palacios color sangre de buey contruidos por el maestro Bartolomeo Rastrelli, un enamorado de la elegancia italiana del siglo XVIII y de las graciosas estructuras adornadas como pastoras. Esos palacios habían sido las residencias de los favoritos de las emperatrices, de conquistadores de Crimea y del Cáucaso, de grandes señores dueños de millares de almas, de nobles incultos, intrigantes y ladrones, a quienes la Cancillería Secreta¹ solía someter a la tortura un día antes de deportarlos a los bosques orientales. Cuando los guías del Departamento de Educación Política decían a las gentes sencillas, llegadas a la capital para asistir a congresos gubernamentales, que esas eran las obras del arquitecto Rastrelli, los visitantes entendían con toda naturalidad «las obras de un fusilado», pues en ruso *rastrellanny* quiere decir *fusilado*. Los palacios y las residencias de los tiempos napoleónicos, más austeros, con nobles frontones simétricos posados sobre poderosas columnatas, tenían los mismos trapos rojos en las puertas. Las diversas épocas del Imperio habían marcado así las calles, con construcciones imponentes que por las noches podían hacer que uno pensase en las tumbas de los faraones de alguna dinastía tebana. Pero las cenizas de *esta* dinastía estaban frescas en alguna zona pantanosa de los Urales; y *estas* tumbas, las de un régimen, portaban letreros: PCR (b),² Comité del Segundo Distrito — RSFSR,³ Comisariado del Pueblo para la Instrucción Pública, Dirección de los Servicios de Educación de Niños con Retraso — RSFSR, Escuela de Comandantes del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos.

1. Especie de policía política de la época de los zares. (N. del T.)

2. Partido Comunista de Rusia. (N. del T.)

3. República Socialista Federativa Soviética de Rusia. (N. del T.)

En esos palacios, muertos porque estaban conquistados, sin corona porque ya no eran palacios, se trabajaba. Las ametralladoras agazapadas en los vestíbulos (a veces a la sombra de los grandes osos disecados que tendían antaño la bandeja de las tarjetas de visita) parecían bestias de acero, silenciosas pero listas para morder. Las máquinas de escribir crepitaban en habitaciones acondicionadas para comodidades principescas; un tosco conquistador, el camarada Ryzhik, dormía con las botas puestas en una habitación de estilo Luis XV, sobre el mismo diván donde, dieciocho meses antes, un viejo epicúreo de la raza augusta de los Rúrik se deleitaba contemplando, con una mezcla de embelesamiento y desesperación, a jóvenes desnudas. Ahora ese epicúreo yacía en algún sitio, nadie sabía exactamente dónde, en un campo de tiro, desnudo, con la barba erizada y las dos sienes agujereadas, bajo medio metro de tierra pisoteada, un metro de nieve y el peso sin nombre de la eternidad.

En las plantas del edificio había ahora oficinas donde se clasificaban expedientes en tocadores que se hallaban separados mediante tabiques de madera; en el suelo había una extraña hilera de colchones requisados, que transformaban en dormitorios las que habían sido vastas salas de fiesta blancas y doradas. Enormes lámparas de araña tintineaban todavía débilmente cuando pasaban los camiones. Cautivos sin orgullo, quienes tal vez subían antaño las escaleras de mármol de esta misma residencia con paso digno y bajo la mirada impasible de sirvientes con librea, esperaban ahora en el sótano su traslado a la Checa. De vez en cuando, el centinela indolente acodado en una mesita mugrienta a la entrada de la escalera del sótano se levantaba, se echaba al hombro con desgana la correa del fusil, que portaba con el cañón hacia el suelo, y quitaba el candado de esa prisión.

«Vamos», decía sin malicia, «los financieros al cagadero, de tres en tres». Empujaba con familiaridad a esas formas espesas que tropezaban unas con otras en la estrecha escalera y que luego vacilaban un momento en el patio, a la vista de la nieve centelleante... Llegaban ronquidos desde el cuerpo de guardia instalado en las antiguas cocinas.

Ryzhik había perdido la cuenta de las horas. Su jornada no tenía principio ni fin. Dormía cuando podía, de día, de noche, a veces al comienzo de las sesiones del Comité del Distrito, cuando los discursos eran prolijos. En esas ocasiones, dormía tirado en su silla, con la boca abierta y el labio superior enrojecido; sus manos distendidas, puestas sobre las rodillas, expresaban en esa repentina anquilosis una fatiga enorme. Durante mucho tiempo le había producido un malestar nervioso el teléfono —esa extraña vocicilla que la oreja tenía que captar, esa voz que hacía pensar en un insecto que escarba—. Ahora dictaba y recibía órdenes por el aparato; con una gruesa escritura de colegial, trazaba los textos de los mensajes en el reverso de cajas de cigarrillos: «Transmitir a los Comités de Tres: terminar en 24 horas la incautación de ropa de abrigo». «Retirar un tonel de arenques del almacén n.º 12, reducir las raciones a los hombres». «Detener a los diez primeros de la lista facilitada por el Comité de Cinco...».

Escuchaba, con la mirada perdida, embrutecido por el cansancio del día, frente a la mesa del teléfono llena de migas de pan negro.

—Hola, Gorbúnov. Llamen a Gorbúnov. ¿Ha terminado la redada?

El insecto deforme escarbaba en el fondo de su agujero, en algún sitio lejano. Una voz desconocida respondió bruscamente:

—Gorbúnov tiene una bala en la ingle, déjeme en paz. Y se cortó la comunicación. Ryzhik blasfemó. El timbre volvió a sonar con alegre insistencia:

—Hola, ¿eres tú, Ryzhik? El teatro Sabúrov regala veinte entradas para *La pequeña chocolatera*...

La puerta había gemido detrás de él; notó una presencia benéfica, pero un poco irritante:

—¿Xenia?

—Sí, soy yo. Ve a acostarte, Ryzhik.

Xenia llevaba la guerrera color hierba de los soldados y gafas de montura metálica; la funda de una pistola automática colgaba de su cinturón. Traía un libro. Ryzhik, enormemente fatigado, pensó en dos globos de carne suaves y firmes, en una boca cálida. Xenia lo miró con calma:

—Mañana, a las seis, reunión del Comité del Distrito. Él se ruborizó.

—Está bien, buenas noches.

Bajó la escalera de mármol. Una especie de rabia se incubaba en su seno, sin razón, ante esa mujer tan sencilla y clara, que apartaba con su sola presencia la idea de que pudiesen estar alguna vez, aunque solo fuese por un momento, frente a frente como un hombre y una mujer, desarmados el uno por el otro y entregados el uno al otro.

En la biblioteca desierta, cerca de la gran estufa de porcelana holandesa, dos soldados jugaban al ajedrez a la luz de una lámpara. El tablero era un mosaico de piedras raras, incrustadas en una elegante y pequeña base; las piezas eran de marfil, de diseño chino, minucioso, fantástico y preciso. Ryzhik, pegado a la estufa para que el calor penetrase bien en él, cerró los ojos. ¡Qué trabajo! ¿Y si finalmente me canso de ser fuerte? ¿Qué pasa si...? En esos instantes de extremo cansancio, se repetía a sí mismo dos palabras sin respuesta: «Es necesario». Y, mágicamente, la

batería se recargaba por sí sola. La fatiga ya no era más que el cansancio de la jornada: el sueño la disiparía. La noche, magníficamente silenciosa, reinaba sobre la nieve, la plaza, la ciudad, la Revolución.

—¿Estás reventado, Ryzhik? —dijo uno de los jugadores adelantando un peón. Era un pequeño hombre oscuro, de cabellos largos, descuidados, en los que brillaban briznas de paja—. Yo también. La leche estaba a veinte rublos hoy en el mercado. El azúcar a cuarenta. Acabo de regresar de Gdov. ¡Es bonito, el campo! Por Matveevka había pasado un comisario a requisar las vacas y los relojes. Imagínate, los campesinos pobres estuvieron a punto de desollarme. Nuestros destacamentos de abastecimiento arrasan con todo o huyen o son masacrados. Pero encontré a algunos tipos estupendos, con agallas, de la fábrica de cables... Duermen en la estación, por seguridad. Y con razón.

El otro jugador tosió en un pañuelo sucio y, sin levantar la cabeza, que tenía pequeña, angulosa y dura, dijo:

—Yo soy buena gente, pero estoy harto. Mi mujer hizo sesenta verstas⁴ en tren y dieciocho a pie para ir al pueblo a buscar veinte kilos de harina. Se los confiscaron tan pronto como regresó. Ahora tiene fiebre. Puede que sea el tifus. Ni siquiera puedo mandar al niño al hospicio, pues allí mueren como moscas. Jaque...

—Gorbúnov tiene una bala en la ingle —dijo Ryzhik.

—Es un vago —replicó el de piel oscura sin inmutarse—. Lo vi hacer el inventario de las máquinas de escribir. No entendía la diferencia entre inventariar e incautar. Se llevaba todo, hasta las cámaras fotográficas. Le dije:

4. La versta es una medida itineraria equivalente a 1 067 metros.
(N. del T.)

«Eres un imbécil, nunca harán de ti un ciudadano consciente». No sabe más que sermonear: «La revolución mundial...».

Ryzhik tenía calor ahora, y turbios pensamientos se movían en su interior, en esos rincones oscuros a los que incansablemente, de manera despiadada, relegamos una extraña multitud de deseos, sueños, sospechas, impulsos violentos, alegrías estranguladas, brutalidad contenida. Dijo secamente a esos hombres:

—Tú estarás de guardia en la prisión de las dos a las cinco; tú, en la entrada.

Y salió. La noche glacial refrescó su rostro sin hacerle sentirse mejor. Las gentes, según el decreto del Ejecutivo, hacían vigilancia en los rincones oscuros de las puertas. El cielo se había cubierto, la nieve ya no brillaba: se caminaba entre cenizas opacas y suaves que ahogaban el ruido.

Hacia las tres, en el momento en que la noche es tan vasta, tranquila y profunda que parece definitiva, cuando el teléfono por fin se calló, Xenia, sola en el servicio de guardia en la gran sala con suelo de parqué, escribió algunas líneas en el reverso de un salvoconducto:

La Revolución: el fuego.

Quemar al viejo hombre. Quemarse uno mismo.

Renovación del hombre mediante el fuego.

Había apoyado su cabeza de veinte años en las manos y permanecía pensativa ante esas líneas. Renovar al hombre a fondo por medio del hierro candente. Arar la vieja tierra, derribar el viejo edificio. Rehacer la vida. Y, sin duda, una misma debe perecer. Yo pereceré: el hombre vivirá. Yo pereceré: frío. Aun así, sorda angustia. ¿Es eso también la resistencia del viejo hombre? Victoria, sonrisa

en el vacío: bien, pereceré, estoy lista. «Lista». Lo dijo en voz alta. La palabra regresó a ella, desde el silencio y desde la noche sin límites, con una larga resonancia interior. No sintió que había alguien detrás.

Ryzhik, con un paso tan ligero que sus botas de piel no hacían sonar el entarimado, se acercó suavemente, inclinándose un poco hacia adelante, con las sienas calientes, las órbitas hundidas, llevando consigo una gran decisión elemental. Posó pesadamente la mano en el hombro de la joven. El calor de ese hombro pasó instantáneamente a todos sus nervios. Para ganar algunos segundos, el infinito de algunos segundos, preguntó:

—¿Escribes, Xenia?

—¡Ah, eres tú!

Sin sorpresa, sin volverse siquiera del todo hacia él, ella señaló con un movimiento de la cabeza las líneas que acababa de trazar.

—Lee, Ryzhik. Y dime si es lo correcto.

Quemar al viejo hombre. Quemarse...

—¿Lo correcto, lo correcto? No sé. No me gustan las fórmulas románticas. Frases. Todo es mucho más simple: imperialismo, lucha de clases, dictadura, conciencia proletaria... Hasta mañana.

Giró sobre sus talones, todo de una pieza. El cordón de cuero del revólver Nagant azotó su cadera. Atravesó los negros corredores con paso decidido de sonámbulo y se tiró sobre su lecho en la oscuridad; la fatiga lo noqueó.

...Esa noche solo llegaron a la ciudad siete vagones de víveres, uno de ellos desvalijado. Cuarenta sospechosos fueron arrestados. Se fusiló a dos hombres en un sótano.